

EL MIEDO AL "GOLPE"

DESDE el momento de la muerte de Franco se viene sustentando en este país la idea de que la instauración de una nueva dictadura, con toda su rudeza, es posible. Agradecemos a Marcelino Camacho que haya formulado en unas declaraciones a "Diario 16" (1 de septiembre), con palabras elementales, esta posibilidad: "Si la situación no se arregla ahora, luego va a ser muy tarde para encontrar una salida, y lo que vamos a tener es un Pinochet que nos devuelva a los tiempos pasados". Camacho apura este miedo como servicio a la tesis política que hace tiempo es la de su partido (comunista) y que en estos últimos días va ganando adeptos en otras zonas: "La única salida es un Gobierno de concentración de todas las fuerzas democráticas". Pero no hay que confundir este aprovechamiento con un oportunismo político o con una especie de chantaje moral: la verdad es que el PCE sostiene con toda gravedad, desde hace mucho tiempo, la tesis del "salto atrás" como posible, que la han sentido y expresado más o menos otras fuerzas de la izquierda, y que el propio presidente Suárez ha sabido manejar la situación, formulando algunas veces ante la izquierda, ante los demócratas, ante los moderados, la idea del "O yo o el caos", predilecta de tantos gobernantes de este mundo en momentos difíciles y aún menos difíciles.

EL manejo del espectro de la dictadura represiva, la simple sospecha de que pueda suceder, ha modificado toda la política del país. Toda la izquierda se ha corrido hacia la derecha, dejando incluso en el terreno abandonado gran parte de sus puntos programáticos eternos (con la esperanza, quizá, de volverlos a encontrar algún día), con objeto de "no provocar". Las viejas fórmulas de frente popular o similares —unidad popular, programa conjunto, frente amplio o como se le quisiera llamar— ni siquiera se han esbozado, ante el miedo de que los supuestos "golpistas" no las tolerasen. Había incluso un miedo de última hora a que la izquierda pudiera ganar las elecciones (no es un sentimiento nuevo: lo tuvieron los comunistas en Italia, y en Francia, la izquierda estudia cuidadosamente lo que puede pasar si ganan las elecciones de marzo, lo cual es muy posible). Reaparece ahora el miedo cuando está a punto de saltar una crisis social que las centrales sindicales no podrían, aunque quisieran, contener. ¿Qué pasará si la clase obrera y campesina, si los parados de Andalucía y Extremadura, si los canarios,

si los vascos... no pueden soportar la presión económica que se les viene encima, qué tienen ya encima? Habrá huelgas, habrá represiones "desestabilizadoras", habrá elementos provocadores. Y puede ocurrir que "un Pinochet" sienta la tentación de restaurar la ley y el orden con mano dura, y tanta delicadeza democrática se esfume ante los ojos de quienes no han tenido tiempo de gozarla.

LA derecha, aun la no fascista y la no golpista, le debe mucho a Pinochet, y le deberá más cuanto más relate la izquierda las atrocidades chilenas. O las argentinas. La izquierda se reboza así en su propio miedo, y Pinochet se convierte en el lobo, en el coco o en cualquiera de los elementos terroríficos que los padres y los supuestos educadores manejan para que sus hijos se mantengan en buen orden, sean obedientes, pacten y emprendan su camino de ciudadanos de fila. Como la izquierda y la clase obrera del mundo, aun la anticomunista, debió mucho a la revolución de octubre y sucesivas —hasta la castrista— en el sentido de que la derecha comenzó a hacer concesiones para evitar una revolución. La experiencia chilena tiene una rara perfección académica para servir de modelo: una izquierda llegada al poder por vía electoral, respetuosa de las legislaciones, comienza a gobernar con un sentido reformista y aun tímido; pero en cuanto toca los grandes intereses, recibe el zarpazo. Se deduce, por lo tanto, con ese afán universal por sacar reglas generales, que nunca la izquierda puede tomar el poder por vía electoral, porque se la ahoga en sangre. Como antes se había deducido que ya nunca la izquierda podría tomar el poder por vía revolucionaria, porque la relación de fuerzas le es adversa, se puede llegar a la conclusión de que nunca la izquierda. La izquierda sería simplemente una fuente de oposición, una crítica y, en todo caso, una amenaza pendiente: influiría desde fuera. La verdad es que, si se examina la historia de la política, durante una inmensa mayoría de tiempo, y en todo el mundo, ha sido siempre así...

NATURALMENTE, la Historia es siempre irrepetible, las situaciones engendran simultáneamente antisituaciones; cada caso es único, y sólo habrá en la Historia del mundo una revolución de 1917, un Vietnam, una Cuba. La homologación con Chile es, aparentemente, imposible; en primer lugar, porque aquí no hay un Gobierno de izquierda, sino de derecha; porque sus reformas son mode-

radas en lo que atañe a las clases dirigentes, porque trata con muchísimo respeto a todos los elementos de poder y porque se las ha arreglado el Gobierno de forma que puede aparecer ante los ojos de la gran derecha como la mejor solución para evitar un sobresalto de la izquierda, y a los de la izquierda, como una defensa frente al pinochetismo. Lo que ocurre es que esa situación se va degradando o desgastando cada día. Todos comienzan a ver un Kerensky en Suárez, con la distinta óptica con que se contempló a Kerensky en Rusia: para la izquierda bolchevique, fue el último intento de la burguesía para contener la verdadera revolución, y para la derecha fue el hombre que abrió el paso al comunismo por su intento de contemporizar. Aquí estamos lejos de la situación límite que fue aquélla, pero hay en la política una tendencia al dramatismo que no siempre tiene en cuenta las circunstancias históricas y la realidad política.

PERO, ¿es posible una dictadura represiva en España? La mayoría de los elementos lógicos y la objetividad en el análisis puro de las circunstancias nacionales e internacionales indican que no. En primer lugar, la inmensa mayoría de la nación, expresada por el referéndum y por las elecciones generales, ha optado por la democracia, y es muy difícil la implantación de un fascismo con esa desproporción tan espectacular (en Italia, la mayoría derechista era importante; en Alemania, Hitler ganó unas elecciones...). En segundo lugar, el contexto mundial es adverso. Raras veces un fascismo se presenta aislado y de una manera repentina. Pinochet formaba parte de una gran operación de alcance continental, que es la que ha convertido a todo el cono Sur de América —con pequeñas y tímidas excepciones— en una gran geografía dictatorial y fascista. En tercer lugar, estamos todavía fuera de la situación límite, aun desde el punto de vista de la deteriorada economía y de la constante presión contraria sobre las clases sociales. Las clases altas que segregan el fascismo como defensa no se ven tan totalmente amenazadas como para producir lo que saben indudablemente que es una tragedia: las clases pobres no han llegado todavía a la situación de hambre real —aunque la haya en algunas zonas— que produce la verdadera amenaza revolucionaria, la que no tiene en cuenta ni siquiera la relación de fuerzas. Los círculos de poder no estaban abandonados por el Gobierno, y tienen todavía mucha influencia sobre él.

SIN embargo, a pesar de todo... La realidad es que no se puede tener demasiada confianza en la lógica y en el análisis cuando se trata de política, y de cierta política. Hay quienes ya contemplan, y lo hacen desde algún poder, la situación como un caos. Hay quienes ven en la situación del País Vasco y en las grotescas maniobras gubernamentales con Cataluña una verdadera desmembración de la Patria: un principio de la negación de España. Hay quienes ven en los partidos políticos, en las Cortes y en la libertad de prensa nada menos que una anarquía, una descomposición y una conspiración exterior. Hay quienes sienten desmoronarse la familia, la religión, lo cual les parece una rotura definitiva con la historia del país. Hay quienes consideran que los cuarenta años transcurridos hasta este momento han sido constructivos, pacíficos, ordenados y creadores. Hay quienes creen que el país está siendo asesinado desde fuera y colabora con un suicidio desde dentro. Hay quienes, simplemente, creen que unas cuantas muertes, unas cuantas cárceles nuevas o unos campos de concentración son un ejercicio sanitario que, por deplorable que resulte, puede significar una operación de salvamento de la colectividad. Cuando se examina de cerca la Historia, con alguna profundidad, se ve que está mucho más hecha de azar y de acontecimientos inesperados de lo que piensan los deterministas de cualquier clase —providencialistas o científicos marxistas—, y que una persona, un acontecimiento, una situación, un motín o no se sabe qué puede convertirse de pronto en un hecho histórico. Los que buscan la "desestabilización" —según la palabra italiana tan bien adoptada aquí— por una bomba, una matanza o una provocación saben perfectamente que pueden golpear mil veces sin resultado —aparte de que vayan "creando ambiente"—, pero hay una en la que cambian todo. Naturalmente, sin olvidar la cuestión de los contextos: histórico, geográfico, social, económico, psicológico, mundial...

POR lógica, un pinochetismo en España resulta impensable. Por experiencia histórica, está en lo posible, aunque sea lejanamente. Otra cuestión es la de su viabilidad: desasistido del país y de la opinión —y la influencia— mundial, sin fórmulas económicas mágicas —no basta con "meter en cintura" a los trabajadores: no ha bastado en Chile, en Argentina— y en contra de los contextos, no tendría grandes oportunidades de perdurar. Pero por poco que durase, la tragedia estaría ya encima.

Lo que ya es más fácil de prever es lo que se llamaría un "golpe invisible": esto es, el ejercicio de presiones para que el presidente Suárez y sus ministros fueran sustitui-

dos por otro Gobierno, dentro de la legalidad parademocrática que tenemos, capaces de un mayor reflejo de "ley y orden" y, por lo tanto, de freno a las situaciones límite. Hubo un momento en que pareció que Fraga podría ser ese "dictador democrata" que, manteniendo unas formas externas, pudiera poner la camisa de fuerza al país: su propio comportamiento preelectoral y el resultado mismo de las elecciones parecieron quemar definitivamente.

PROBABLEMENTE esa eventualidad es la que quiere combatir ya un sector cada vez más amplio, que incluso entra en el propio terreno de Suárez —Alvarez de Miranda—, por la vía del Gobierno "de concentración", según una fórmula, o de salvación na-



cional, o de coalición, según otras. Hay dos fuerzas que se oponen: una, la del propio señor Suárez, naturalmente, que entiende que está en pleno desarrollo de su política y en una ocupación total del poder, que cree en el Gobierno mayoritario, que es el suyo, y que hace frente a la gran ofensiva que se le viene encima. Otra, la del Partido Socialista, que se considera como una alternativa del poder. Se dibuja un poco la figura de quién podría canalizar la concentración: Areilza. Areilza, arrojado por la ventana del "centro" por Suárez, divino marginado, capaz de arrojar una imagen liberal y democrática, aceptado en el exterior... Las fórmulas que ese Gobierno podría tener para sacar al país de la crisis son, por el momento, oscuras. Se manifiesta con insistencia que el Gobierno y su partido están en crisis: se olvida que la crisis es del país, y que si las fórmulas tradicionales de la izquierda están olvidadas —son prohibitivas—, y difícilmente se pueden aplicar nacionalizaciones, colectivizaciones, cogestiones, reducción de los gastos improductivos del Estado, las fórmulas neocapitalistas son más o menos las que está tratando de aplicar

Suárez, con evidente torpeza y miedo. Si la izquierda general es ahora una reserva del país, metida en un Gobierno de coalición podría quemarse como se está quemando el señor Suárez. La izquierda no recuerda frecuentemente experiencias pasadas como la de los Gobiernos de concentración de Francia y de Italia en la posguerra, o el de Portugal después de la revolución: los gastos los pagaron las izquierdas, a las que se dio el papel de contenedoras de la clase obrera, para ser luego defenestradas cuando no hicieron falta. Insistamos en que la Historia no se repite y, efectivamente, es así: en aquellos casos, la coalición venía dada por una revolución o por un final de guerra que equivalía a revolución. En España, no: los poderes extragubernamentales, extraparlamentarios —los que la propia izquierda llamó en una ocasión "poderes fácticos"—, no están destruidos o marginados como en aquellas ocasiones, sino que conservan intactas sus posibilidades de operar, y no sólo por la vía del supuesto golpe de Estado. Probablemente el destino de un Gobierno de coalición, con o sin Areilza, sería en lo inmediato quedarse aislado: de una clase trabajadora que seguiría sintiéndose pagadora de la situación y de una clase de poder que lo miraría con toda la desconfianza del mundo. Y después, ¿qué?

SI pudiéramos guiarnos de la lógica, la situación de salida sería la de que la Constitución que se está elaborando fuese realmente funcional en un sentido democrático y resultase muy rápidamente propuesta a las Cortes, y promulgada con arreglo a las enmiendas y rectificaciones a que hubiese lugar; que las Cortes se disolviesen inmediatamente y unas elecciones generales describiesen el nuevo panorama político del país, con arreglo a una Ley Electoral justa y clara; que con arreglo a esas Cortes se formase un nuevo Gobierno, responsable ante ellas y convertido en instrumento parlamentario. Y que gobernase con arreglo a lo discutido, aprobado y determinado por esas Cortes. Todo lo de en medio, como Gobierno de coalición o pacto social, no podría ser nunca más que provisional. Y para eso ya está el señor Suárez.

ESE camino trazado está apareciendo como utópico. No se ve clara la Constitución, no se sabe de qué componendas va a estar hecha: nadie sabe si las Cortes se disolverán o no, ni en qué condiciones se celebrarán las elecciones generales. El país, mientras tanto, está sufriendo las consecuencias de una gobernación de carácter autocrático: y está sometido al chantaje, desde el poder y desde la oposición, de un golpe de Estado. Miedo que está modificando todos los comportamientos políticos. De forma que, sin que exista realmente el golpe de Estado, de alguna forma está actuando ya sobre el país.